

ñor Coronel. Lo demás ya lo sabe vd., y sólo me resta agregar que después de haber hecho todo lo imaginablemente posible, procuré salvar el libro de bitácora, único que puede hacer fe para salvar mi reputación."

IV

Aquí terminó su relato el Capitán de "El Pablito."

Cuando concluyó todos pudimos notar que tanto él como sus compañeros tenían el rostro bañado en lágrimas, y retratada en él la más aflictiva consternación; y tan lastimoso cuadro se hubiera prolongado demasiado si en esos momentos no se hubiera presentado el Capitán Zamora anunciando que estaba *servido el almuerzo* (carne de res asada como Dios quiso), y dando vuelta por la popa no se hubiera visto aparecer una balsa, en la cual el Comandante Zamudio con cuatro hombres más que la daban dirección, conducía á tierra los primeros despojos del bergantín perdido.¹

Tal espectáculo pareció reanimar á aquella gente, y todos, precedidos del Coronel, se dirigieron al lugar del improvisado festín.

En efecto, en aquel sitio, en semejantes circunstancias y para gentes que, como los náufragos del "Pablito," hacía dos días que no se alimentaban en forma, aquello era un verdadero festín.

En tanto que el joven Capitán hacía su relato, que podía tomarse por una delaración, y en virtud de las órdenes que el Coronel había dado al Capitán Zamora, mientras el Comandante Zamudio dictaba las conducentes para proceder al

¹ Los primeros que se lanzaron al mar para ir á bordo, fueron el Comandante D. Juan B. Zamudio, los Capitanes D. Felipe Cano y D. Santiago Cházaro, el Teniente D. Juan Sánchez, el que esto escribe, y los soldados de caballería Juan Rosas, Manuel Flores y otros tres ó cuatro cuyos nombres no recuerdo, además de los bogas de las piraguas José y Amado Cuello, Victoriano, José María y Miguel Mendoza. En los viajes subsecuentes tomaron parte otros oficiales, entre ellos el Capitán D. José Miguel Zamora.

salvamento de lo que se encontraba á bordo, el festivo Capitán hacía preparar los alimentos ofrecidos, auxiliado por algunos soldados, y una hora después todos, náufragos y tropa, jefes y oficiales, participaban del improvisado refrigerio.

Terminado que fué, y construída una segunda balsa bajo la dirección de Zamudio, éste, los Capitanes Zamora, Cano, Cházaro y el que había hecho la exploración, y unos treinta hombres de la clase de tropa, todos buenos nadadores, se lanzaron al mar y abordaron el "Pablito," mientras el Teniente Llanos, reconducía al campamento de "Conejo" parte de la fuerza, á fin de proveer lo necesario para poder permanecer allí los días que se invirtieran en el salvamento, é instruir la información judicial encomendada al Lic. Osio, á quien se comunicó la orden de concurrir luego al lugar del siniestro.

A las tres de la tarde se suspendió el salvamento, y aquel lugar, de suyo agreste y desierto, presentaba ahora un aspecto bien distinto. Antes todo era soledad y tristeza; ahora todo movimiento y alegría. La tropa había formado sus armas en pabellones, custodiadas por una pequeña guardia de vigilancia, y al mando de sus oficiales tomaba parte afanosamente en los trabajos que allí se ejecutaban.

Los primeros viajes de las balsas condujeron á tierra cuanto pudo encontrarse á bordo, así del velamen y jarcias, como de herramientas, maderas y herraje; y cuando el sol marcaba el medio día, haciendo brillar las argentadas olas que lamían humildemente la orilla de la playa, dos sólidas y espaciosas tiendas de campaña resguardaban de sus rigores á los moradores del nuevo campamento. En una de ellas, los jefes y oficiales, con el pasajero y el Capitán y el Piloto del "Pablito," departían amigablemente, oyendo los primeros los más minuciosos detalles del terrible acontecimiento que referían los segundos; y en la otra, la tripulación y la tropa fraternizaban, escuchando los episodios que mutuamente se referían. Una tercera tienda, algo más retirada que las anteriores servía de despensa y cocina á la vez, provista ésta de algunos trastos

de hierro que se encontraron esparcidos aquí y allá en el encallado buque; y habilitada aquella con varias cajas medio avariadas, de licores y conservas que existían en la bodega. Las camas se improvisaron con tabloncillos de la cubierta, y los coys y el resto de las velas fueron las almohadas. Centinelas de infantería apostados á distancia conveniente, y que se relevaban con arreglo á Ordenanza, formaban el recinto de aquel campo; y otros de caballería, situados á mayor distancia, establecieron un *cordón de seguridad*, que á la vez que facilitaba la comunicación con "Conejo," vigilaba la costa, ya para prevenir toda sorpresa que pudiera intentar el enemigo establecido en Alvarado, ya para evitar la invasión de los *ladrones de mar*, gentes que abrigan la creencia de que todo buque que se pierde es un don que el cielo les concede, para apropiarse cuanto en él existe, llegando á veces hasta el crimen.

El nuevo é improvisado campamento quedó, pues, constituido, y las primeras sombras de la noche fueron la señal para que cesara todo movimiento. Débiles luces artificiales alumbraban las tiendas de campaña, y á las nueve el silencio más profundo y la obscuridad más completa reinaban en él: todos estaban entregados al reposo, y sólo se oía, de tiempo en tiempo, el monótono "alerta" de los centinelas, que iba á morir en las últimas avanzadas, para seguir repercutiéndose sobre la montaña hasta confundirse con el de los que vigilaban en el campo de "Conejo," y el suave murmurio de las olas que se estrellaban débilmente en los rebordes de la playa.

Y á la rojiza luz de las fogatas esparcidas á derecha é izquierda para impedir los avances de los tigrillos y de otras fieras que en aquellos montes tienen sus guaridas, destacábase sombrío y lúgubre, negra, imponente, la silueta del bergantín español "El Pablito," causa accidental de aquella aglomeración de gentes que, veinticuatro horas antes, ni sospechaban siquiera que pudieran estar reunidas.

V

Tres días permanecieron allí el Coronel Lazcano con los jefes, oficiales y tropa necesarios, y en este tiempo la actividad que todos desplegaron para cumplir sus deberes, patentizó lo que era distintivo particular del referido Jefe, y mientras el Comandante Zamudio llevaba á feliz término, hasta donde fué posible, el salvamento de lo que había á bordo, el inteligente, probo y honrado Lic. Osio, instruía el proceso del naufragio, dadas las declaraciones, todas acordes, del Capitán Pig, del Piloto, tripulantes y pasajeros del "Pablito."¹

Al tercer día nada había ya que pudiera salvarse, ni valiera la pena de ponerse en peligro, tanto porque si algo quedaba debía estar sepultado entre las arenas del mar, que formaban un banco dentro del buque, como porque el mal olor que despedían algunos cueros de res que flotaban no lejos había atraído á los tiburones que, acercándose demasiado hacían muy peligrosa toda aproximación: además, cediendo á la presión de las aguas y al movimiento constante del flujo y reflujo que diariamente se operaba, y al choque continuo de las olas, el "Pablito" se había abierto por completo, no quedando de él más que la armadura sobre la línea de flotación, pues las maderas, cadenas, cordaje y cuanto podía ser útil al mejoramiento del campamento de "Conejo," se había llevado á tierra.

¹ Lo curioso que hay en este expediente es, que ya dispuesto el Asesor para comenzar sus tareas, lo mismo que el oficial que debía funcionar como Secretario, se notó que no había tinta para escribir. El Coronel ordenó que se fuera á traer al campamento de "Conejo," pero esto importaba la pérdida del resto del día. El Comandante Zamudio y otros alvaradeños manifestaron que en esos montes se producía una fruta cimarrona llamada *hicaco de Juana*, cuya fruta producía un líquido negro y fluido que usaban como tinta los indígenas de aquellos lugares: procuré buscarla, y á poco rato había abundancia de ella en el campamento. El mismo Zamudio horadó algunas, y con el líquido, que efectivamente era como una buena tinta, se escribieron los primeros dos ó tres pliegos del expediente.

Durante los tres días se había salvado casi en totalidad el añil, el cacao, los cueros de res al pelo y el palo de tinte, todo lo cual permanecía en la playa expuesto á los ardientes rayos del sol para su desecación; y en agujeros abiertos en la arena, bajo las tiendas de campaña, más de cincuenta mil pesos en plata y los dos mil en oro que la tropa había extraído de dentro del buque, buceándolos y conduciéndolos á granel, porque el mar había destruído los envases de *arpillera* en que fueron embarcados.

Ni un solo peso faltó del dinero que, á proporción que se recibía en tierra, y antes de depositarlo bajo las tiendas, era contado por los oficiales á presencia del Coronel en Jefe y del Capitán del "Pablito," que tomaban nota de las sumas que se iban recibiendo. ¡Y aquellos soldados republicanos, aquellos defensores de la autonomía é independencia de México, tan vilmente calumniados por los traidores y extranjeros que pretendían uncir á la República al carro triunfante, si bien podrido ya del autócrata francés; aquellos patriotas resignados y sufridos que volvían por los fueros de la patria inocua y villanamente vendida, y á cuya lealtad y honradez se confiara durante quince días el valioso tesoro arrancado á los abismos del mar por su abnegación como ciudadanos, y por su disciplina y obediencia como soldados: aquellos hombres, oídlo bien, vosotros los que aún dudáis lo que es para los republicanos la honra de la patria, *hacia dos semanas que por falta de recursos no tenían ni recibían el prest*, contentándose, subordinados y dóciles, con recibir el *ranchito*, que era cuanto la nación podía darles en aquellos días de duras y terribles pruebas! ¡Ni una mirada codiciosa, ni un suspiro, ni la idea siquiera de que la familia, abandonada y á bastantes leguas de distancia carecía de todo lo necesario! ¡Nada! ¡Los solda-

1 A indicación del Coronel Lazcano, y previa una junta privada que tuvo lugar, los jefes y oficiales cedieron su haber de una quincena, á título de donativo, para medio cubrir el importe de los haberes de la tropa, en tanto que las Administraciones de Rentas remitían fondos al Pagador general.

dos de Sotavento guardaban su propia honra, unida al honor de la patria que defendían!

El Capitán del "Pablito" presenciaba todo esto, más que de admiración lleno de orgullo, participando sus compañeros del mismo afecto que desde luego sintió por soldados y oficiales, sin distinción. Con frecuencia decía que españoles fueron nuestros antepasados, y que la altivez de alma de los antiguos conquistados y la nobleza de corazón de los conquistadores, eran ingénitos en la nueva raza, por cuyas venas corría mezclada la sangre de unos y otros: y á cada paso, á cada episodio que se sucedía, por insignificante que fuera, los abrazos se menudeaban entre salvadores y salvados.

VI

El segundo día, un episodio el más conmovedor, el más honorífico para los republicanos tuvo lugar, al caer la tarde, en la tienda de campaña donde amigablemente departían el Capitán Pig y el Coronel Lazcano. Refería el primero sucesos de familia, acontecimientos de la vida íntima: se complacía en hacer partícipe de sus emociones al que desde el primer día trató con el respeto que se debe al superior, y con la solicitud y cariño de un hijo; y terminó su relato con estas palabras:

—Crea vd., mi Coronel, que no es el valor material de la prenda lo que más me hace sentir que se me haya extraviado, no. Su pérdida en medio de la ruda faena de las bombas, á obscuras, cuando rota y despedazada la ropa desaparecía en girones al impulso del ventarrón, constituye para mí un profundo sentimiento, porque era una antigua prenda de familia que mi padre, por su propia mano, me puso en la corbata el día de mi casamiento.

En estos momentos precisamente, terminaba el último viaje de salvamento del día, y un soldado medio desnudo, y chorreando agua, se presentó á la entrada de la tienda.

—Mi Coronel,—dijo acercándose y mostrando un pedazo

de lienzo, cuyo color no podía adivinarse—aquí tiene vd esto que me he encontrado en el fondo del barco, enredado en un pedazo de cable.

Y entregó al Coronel el lienzo que llevaba en la mano.

El Coronel, sin dejar traslucir la más ligera emoción, y después de examinar el pedazo de tela, se dirigió al Capitán del “Pablito,” entregándole á la vez el girón de trapo:

—¿Será esta la prenda cuya pérdida tiene á vd. tan triste? —le preguntó sonriendo con satisfacción.

El Capitán Pig, todo trémulo, balbuciente, pasando la vista alternativamente de la tela al soldado, de éste al Coronel y á los demás que presenciábamos la escena, concluyó por llevarse á los labios un valioso alfiler de brillantes que estaba prendido á aquel hilacho.

¡Era la tira de la pechera de su camisa, rota, deshilachada, haraposa, pero prendida á ella el regalo de bodas de su padre! Besó repetidas veces aquella prenda, aquel recuerdo de familia, humedeciéndolo con sus lágrimas; y luego, orgulloso, altivo, encendida de admiración la mirada, caminando con paso mesurado y firme:

—¡Tómalo!—dijo al soldado con voz reposada—tuyo es, porque yo te lo regalo; y mi padre comprenderá que si tú has sido honrado, por mi parte he sabido apreciar tu honradez.

Y presentó al soldado la valiosa prenda, guardando en su poder el sucio girón de lienzo.

—Gracias, señor;—contestó el soldado, dando un paso atrás con la mayor naturalidad—soy soldado de la Nación, y la Nación me paga mis servicios.

El Capitán, el Piloto, los tripulantes y hasta el pobre ciego llenos de admiración, querían abrazar y abrazaron á aquel hombre, que mentía noblemente cuando decía *que tenía pagado su haber*.....

Siento no recordar, desgraciadamente, el nombre de este soldado, para poderlo decir con el orgullo natural en quien,

como él, formó parte del pequeño cuerpo de ejército que sostuvo la campaña en la costa de Sotavento: sólo tengo una idea vaga, confusa, de que era minatiteco ó acayuqueno, y que pertenecía al “Batallón Ortega.”¹

VII

Al cuarto día, hombres, dineros y cuanto constituía el campamento “Los Fierros” se trasladó al de “Conejo,” y ocho después rematado el cargamento del buque, el casco, cordaje, etc.,² y mediante las gestiones que cerca del enemigo hizo en Veracruz el Cónsul general de España, allí residente, el Capitán del “Pablito” con sus compañeros de infortunio se trasladaron á aquel puerto para regresar á la madre patria, siendo acompañados para despedirlos en nombre del Coronel, en aguas de Alvarado, por el que esto escribe.

Durante su permanencia en “Conejo,” fueron todos objeto de las más expresivas atenciones y finezas por parte de la guarnición que ya conocía su historia; y la despedida fué tan conmovedora y tierna como era consiguiente á hombres que siempre se manifestaron llenos de agradecimiento. Los pocos objetos de uso particular del Capitán que pudieron ser encontrados los repartió como un recuerdo entre sus nuevos camaradas.

El Cónsul general de España solicitó y obtuvo del Coronel Lazcano copia certificada del expediente formado, y luego carta autógrafa suya y de los que tomaron una parte más activa en el salvamento de sus compatriotas para enviar todo á su Gobierno al darle cuenta de lo ocurrido.³

1 De los que presenciamos ese hecho vive aún en Alvarado el ex-Capitán de caballería D. Felipe Cano, quien puede comprobar su exactitud.

2 Desempeñó las funciones de vendutero D. José M. Valdés Tejeda, comerciante radicado en Alvarado, interviniendo el Lic. Osio.

3 D. Santiago Muñoz, rico comerciante español de Veracruz, á su regreso de España en 1869 ó 70 me dijo que durante su residencia en Madrid, poco antes de la caída del Gobierno de D.^a Isabel II, había leído en la “Gaceta Ofi-

¡Ojalá que estas líneas que escribo lleno de satisfacción, pudieran ser leídas por el mismo Capitán ó por alguno de los tripulantes del "Pablito," porque no dudo que recordarán con grata fruición cuál fué el comportamiento para con ellos, de los soldados republicanos que defendían los derechos y el honor de México en el "Campamento de Conejo."

cial" algo relativo á este suceso, y cuya lectura la hizo por haber visto que en dicho periódico figuraba mi nombre, el del Sr. Coronel Lazcano, el de Zamudio, Cházaro y Osio, con quienes tenía buena amistad, asegurándome que en él se trataba de la concesión de una cruz.

VIAJE A JALAPA.

Intrigas de los descontentos.—Viaje á Jalapa para prevenir al Gobernador del Estado.—El Coronel D. Félix González.—Vacas Gordas.—Asesinatos en masa.—Sucesos de Camarón.

I

CUANDO en medio de vacilaciones y vaivenes que causan vértigos se atraviesa el pedregoso y espumante río de "Ticolápam" en el Cantón de los Tuxtles, por medio del puente colgante construido con bejucos atados á robustos y seculares árboles que bordan ambas orillas del abismo, y que se conoce con el apropiado nombre de "La Hamaca," se entra desde luego en los montañosos terrenos del "Ubero," bajando penosamente por entre gigantesca arboleda, cuyas raíces enormes están al descubierto dificultando el paso á los caballos, hasta "Mata Vaca" en que ya el terreno es plano y conduce al "Mesón," donde se bifurca el camino: una de estas bifurcaciones conduce á Tlacotalpam atravesando inmensas y magníficas llanuras y praderas sembradas de "hatos" y haciendas; y la otra, la que sigue en línea recta, después de atravesar el imponente y peligroso bosque de "Tulápam" que se antemura á la playa del mar, terrible por las innumerables víboras, serpientes y otros reptiles venenosos, amén de las fieras que en él abundan, desemboca á la expresada playa en el punto titulado "Los Fierros," donde hay plantada una gran cruz de madera, en uno de cuyos brazos se lee pintada con